

AUSENCIA Y PRESENCIA:

CONVERSACIÓN SOBRE EL COVID-19 ENTRE MURCIA Y MADRID

FÉLIX CRESPO RAMOS^[1]
JOSÉ ANTONIO PÉREZ ROJO^[1]

Michel de Montaigne, a pesar de tener éxito en la vida política y en los negocios, se hartó, entre otras cosas de que tantos dependieran de él: hijos de los que llega a confesar que no sabe con exactitud cuántos han muerto, criados, campesinos, esposa, demás familiares. Un buen día se retiró a su castillo y mandó grabar en mayúsculas lo siguiente en la pared de su biblioteca:

EL AÑO DE CRISTO DE 1571, A LA EDAD DE TREINTA Y OCHO AÑOS, LA VÍSPERA DE LAS CALENDAS DE MARZO, ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO, MICHEL DE MONTAIGNE, DISGUSTADO DESDE MUCHO ANTES DE LA ESCLAVITUD DE LA CORTE Y DE LOS CARGOS PÚBLICOS, SINTIÉNDOSE TODAVÍA EN PLENO VIGOR, VINO A REPOSAR EN EL SENO DE LAS DOCTAS VIRGENES, EN LA CALMA Y LA SEGURIDAD; ALLÍ PASARÁ LOS DÍAS QUE LE QUEDAN POR VIVIR. ESPERANDO QUE EL DESTINO LE PERMITA ACTIVAR LA CONSTRUCCIÓN DE ESTA HABITACIÓN, DULCE RETIRO PATERNO, LA HA CONSAGRADO A SU LIBERTAD, A SU TRANQUILIDAD Y A SUS OCIOS ^[2].

Diez años después, Montaigne había escrito los dos tomos de sus ensayos, se fue de viaje año y medio por Italia, lo volvieron a nombrar alcalde de Burdeos dos veces y en 1585, con la epidemia de peste que mató a la mitad de la

población, huyó con su familia y no regresó a su castillo hasta seis meses después.

La referencia clave para entender la distopía (actual) que se nos viene encima está en una de las últimas películas de Steven Spielberg, de la que nadie me ha hablado y que veo por casualidad (una forma de hablar) en Netflix durante el confinamiento. Se llama *Ready Player One*^[3] y la sinopsis oficial dice: «Año 2045: el adolescente Wade Watts es solo una de las millones de personas que se evaden del sombrío mundo real para sumergirse en un mundo utópico virtual donde todo es posible: OASIS. Wade participa en la búsqueda del tesoro que el creador de este mundo imaginario dejó oculto en su obra. No obstante, hay gente muy peligrosa compitiendo contra él». Hombre, no todo es posible, salvo en una retórica del tipo «cualquiera puede llegar a presidente» o como referencia a una visión pseudoqueer en la que la construcción de la identidad no tiene limitaciones biológicas.

CONFINETFLIX

[1] Félix L. Crespo Ramos es médico de familia. Psiquiatra. Psicoanalista miembro del Centro Psicoanalítico de Madrid, y José Antonio Pérez Rojo. Psiquiatra, escritor, miembro en formación de Centro Psicoanalítico de Madrid.

[2] Zweig, S., (2010). *Montaigne*. Barcelona, España: Acantilado.

[3] Donald De Line, Dan Farah, Kristie Macosko Krieger y Steven Spielberg (productores) y Steven Spielberg (director). (2018). *Ready Player One* [Cinta cinematográfica]. EU.: Warner Bros.

Disfrazado de película de acción para adolescentes se nos cuele un mundo delirante en el que todos están «conectados» todo el tiempo que pueden, donde la vida se desarrolla en un OASIS porque el mundo físico es un erial (más bien un basurero) y en el que sus habitantes claudicaron de intentar cambiarlo asumiendo que la única solución era la huida a lo virtual. Se llega a hacer indistinguible el mundo virtual del mundo físico. Y, quienes pueden (porque no son baratos), se visten con trajes especiales que les permiten tener sensaciones táctiles (que en las peleas no son una ventaja precisamente pero aún así, Vida Sinestésica Simulada/ Synaesthetic Simulated Life). Parece que nos estén gritando que la famosa máxima del informe de Roma «no es posible un crecimiento infinito en un planeta finito» no contaba con el infinito espacio virtual en el que siempre se podrá crecer y consumir más y más. En *Matrix*[4] había cables, enchufes, conexiones y la imposición de las máquinas como especie dominante. Aquí todo es menos agresivo y mucho más voluntario, más amable.

La presencia y la ausencia son la luz y la sombra. Se dan a la vez, quizá por eso hay presencias que son ausencias. Hoy he decidido ir al baño sin el móvil y ha sido como reencontrarme.

PRESENCIA
AUSENCIA

Quizá ejercer el oficio de terapeuta es una forma de meditación, ya que la idea es prestar atención plena a lo que sucede en la sesión.

Si sabemos lo que sabemos de las neuronas espejo y de la necesidad de vinculación que tenemos los humanos, ¿por qué en los sistemas públicos de salud mental no se ha instaurado de forma masiva la videoconferencia?

Las crisis de ausencia son muy famosas en neurología. Consisten en que la persona que las sufre se desconecta unos segundos de la realidad y se queda convertida en estatua de sal. Pero a mí, las que realmente me fascinan, son las crisis de presencia que consisten en que personas cuya subjetividad nunca está, de repente, aparece.

Lacán fue expulsado de la IPA y su ausencia no solo reivindicó el legado y la presencia de Freud en la Escuela Freudiana de París que fundó, sino también en la propia IPA.

Desde Madrid llega una foto de un pan recién horneado y una disculpa («estoy cocinando»). En Murcia corro a buscar una cita de Sor Juana Inés, citada por Santiago Alba Rico en su libro *Ser o no ser (un cuerpo)* [5]: «Si Aristóteles hubiera cocinado, hubiera pensado más y mejor». Creo que, si de reflexionar sobre presencia y corporalidad se trata, no hemos comenzado mal.



[4] Joel Silver (productor) y Lilly y Lana Wachowsky (directoras). (1999). *Matrix* [Cinta cinematográfica]. EU.: Village Roadshow Pictures, Warner Bros y Silver Pictures.

[5] Alba Rico, S., (2017). *Ser o no ser (un cuerpo)*. Barcelona, España: Seix Barral.

En 2016, la Editorial Arrebato publicaba una performance titulada *Sobre el amor*[6], consistente en haber sustituido la palabra «estado» por la palabra «amor» en el texto original de Lenin. Todo un hallazgo. Valentín Roma lo cita en su novela *El enfermero de Lenin*[7] relato de las tres semanas en que el padre del protagonista adoptó la identidad de Vladimir Illich Ulianov, alias «Lenin», perdiendo la suya propia. Sin cambiar de cuerpo.

El 2 de mayo de 2020, Nuccio Ordine publicaba en *El País*[8] un artículo titulado «El lujo de la interacción humana», en el que reflexionaba sobre la educación y la no presencialidad. Yo he tomado su texto, al estilo del editor de Arrebato, Gabriel Mejía Abad, y he cambiado algunas palabras:

«El contacto con los pacientes en la consulta es lo único que puede dar verdadero sentido a la terapia e incluso a la propia vida del psicoanalista».

Un abrazo.

Otro. 

Mi socio me pregunta desde su ausencia-presencia en nuestro documento compartido en Internet que defina «contacto». Ordine tampoco define la palabra, tan solo la usa. Esto es lo primero que pienso. Que

Ordine y yo compartimos la palabra dando por supuesto que los dos pensaremos en el mismo concepto. Luego me pongo a ello. *Contacto* es cuando, desde las inmediaciones de Vega, llega una serie de números primos y una tipa, que escucha lavadoras viejas centrifugar para descubrir patrones en el caos, se da cuenta. Contacto es también una característica de algunos deportes que precisan de protector bucal para su práctica. Intento no pensar

demasiado en el «seguimiento de la cadena de contactos» pero ahí está. Entre medias de estos dos extremos, los interestelares y los del ring, y con las ramificaciones laterales más extrañas, contacto es una palabra polisémica (como todas) que en el contexto de la docencia y la psicoterapia excluye las connotaciones sexuales explícitas, pero que habitualmente hace referencia a la proxémica de la comunicación. Pero ahora que lo pienso, no puede ser que todo se reduzca a una cuestión de los centímetros, o metros o años luz, que separan a los distintos cuerpos. O quizá sí. Claudico de mi intento de definición y sigo.

Ordine continúa: «Hay quien se muestra exultante porque considera que el coronavirus es una oportunidad para dar el tan esperado salto adelante y quien, por el contrario, piensa con tristeza en que es imposible psicoanalizar sin la presencia de sus pacientes».



Echo de menos la invitación a definir «presencia» (a mi socio se la ha pasado aunque ha dicho: «La realidad es eso que precede 500 milisegundos a nuestra conciencia» [9]). Supongo que es porque todo el artículo gira en torno a este intento. Me la hago a mí mismo. Jugamos al cucu-tras y desaparecemos

[6] Lenin, V.I.U., (2016). *Sobre el amor*. Madrid, España: Arrebato.

[7] Roma, V., (2017). *El enfermero de Lenin*. Cáceres, España: Editorial Periférica.

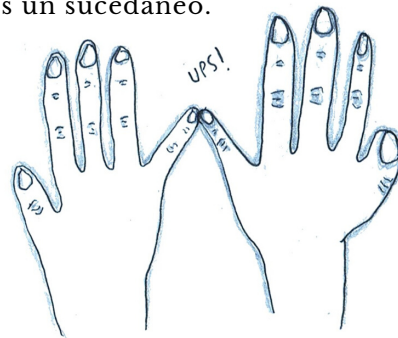
[8] Ordine, N. (1 de mayo de 2020). El lujo de la interacción humana. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/sociedad/2020-05-01/el-lujo-de-la-interaccion-humana.html>

[9] Libet, B., (2004). *Mind Time: The Temporal Factor in Consciousness (Perspectives in Cognitive Neuroscience)*. Cambridge, MA, E.U.A.: Harvard University Press.

y aparecemos. Se hace todo seguido, no puede pasar no puede pasar más que algún segundo entre uno y otro movimiento. Si tardamos, la memoria de la presencia del objeto se desvanece y con ella la alegría del reencuentro, casi mágico, con lo que había dejado de estar presente y sin embargo permanecía, transitoriamente, en nosotros. ¿Qué capacidad tenemos de sostener la no-presencia del otro? ¿Cómo de transitoria será la transitoriedad? Depende. Siempre la presuponemos inmensa y siempre nos sorprenden los efectos cuando es insuficiente. Imagino a Ordine, por ejemplo, dando clase a 200 alumnos (imagino sus clases como auténticos mítines de sabiduría clásica) que no están delante de él, que están en sus casas, viéndole y escuchándole a través de la pantalla, tratando de mantener en su mente la presencia de cada uno de estos 200 alumnos. Imagino a Ordine abrumado por el esfuerzo, sin poder articular palabra, interferido por este esfuerzo que supera toda capacidad humana. Imagino a Ordine, echando de menos los murmullos y los ruidos imprevistos, un bolígrafo que cae, una chaqueta que roza, una tos (no, una tos no, demasiado peligrosa), un comentario en voz baja entre dos alumnos de la séptima fila, «¿qué ha dicho?». ¿Y si no son 200? ¿Y si es uno solo? ¿Será posible? Quizá. ¿Podrá sostener la presencia de su paciente el psicoterapeuta? Quizá. Pero entonces surge otra pregunta que se nos había pasado antes (se me había pasado al pensar en

200, que es un número próximo al infinito para mí). ¿Y el paciente, podrá sostener la presencia/no presencia del terapeuta? Una paciente me manda la foto del rotulador que le dejé en cierta ocasión y que conserva. Y si no puede, ¿podrá el terapeuta sostener la presencia/no presencia de los dos por los dos? Quizá. Pero igual por eso, en parte, es tan cansado trabajar online.

No consigo decidir si me parecen acertadas las palabras (modificadas) de Ordine, aunque cuando leí su artículo sobre la docencia estuve de acuerdo con él. Termina su texto, igual que lo comenzaba, diciendo que lo presencial será un lujo (aunque él habla de «interacción»), que la presencia del otro será un lujo, y que lo online será algo de pobres, como todos los sucedáneos, supongo. Ordine entiende que lo nuevo es un sucedáneo.



LAPSUS CORPORAL

A las redes sociales les interesa la difusión y la presencia a cualquier precio, por eso prefieren difundir propaganda antes que expulsar bots.



Pere Rojo @pere_rojo · 22h
Querido diario,

He soñado que en un bar una chica se chocaba conmigo sin querer. Yo creo que iba muy concentrada en no tocar nada y por eso se despistó. Después de disculparse me dijo: oye, total, ya que hemos llegado hasta aquí, ¿por qué no follamos?

#COVID—19
#micro

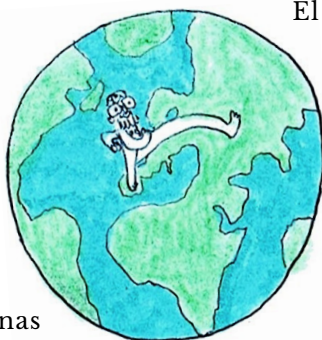


Félix Crespo
4 min · 👤

Una vez escuché a Juan José Millás decir que "La interpretación de los sueños" de Freud era un manual para la escritura de cuentos y relatos cortos. Que los mismos mecanismos que operan en los sueños son los que hay que utilizar para construir relatos cortos. Mi amigo Pere Rojo relata que sueña y en su sueño pasa, en un tuit, de ser invisible a objeto sexual. Condensación mediante. Freud estaría orgulloso de él. Y, quizá sin darse cuenta, ha encontrado una posible solución a la ansiedad fóbica que, anticipa Bifo, despertarán los otros cuerpos; el despiste, el no darse cuenta, ¿algo que podríamos llamar "lapsus corporal"?

Muchos psicoterapeutas se negaban a usar Skype alegando que la presencia física del terapeuta era imprescindible para que la terapia fuera como tenía que ser. Luego llegó el coronavirus y en un fin de semana decidieron que ya no era tan imprescindible.

Imagino la deslocalización de mi mismo. Una fuga a otras latitudes sin avisar a mi empleador (total, qué más le da, si el teletrabajo va a ser el mismo) huyendo de las temperaturas extremas murcianas. A continuación pienso, ¿otras latitudes? ¿Nueva Zelanda? ¿Y por qué no otras longitudes? Y entonces calculo cambios horarios y la posibilidad de tener por las mañanas las consultas de la tarde. Tan solo tengo que desplazar el espacio físico de mi computador 5 ó 6 husos horarios. ¿Y que haría por las tardes? Depende. Por las tardes podría tener las consultas de la «nueva tarde», con pacientes de mi misma «nueva ubicación» geográfica o de otras ubicaciones en un huso horario cercano. La «nueva normalidad» podría hacer cierto, también a este nivel, el dicho de que todo lo que va mal es susceptible de empeorar. Pero, si fuese competente en afrikáans, podría tener ahora mismo algún paciente en Ciudad del Cabo. ¿Podría?



que vivimos sólo está en un teatrillo que se monta en nuestro cerebro. La presencia física da bastante igual.

Creo que es mejor una buena sesión de Skype que una sesión presencial con mascarilla. Que por lo menos se vean los besos.

El juego no necesita presencia física y no lo digo por los torneos de parchís virtual ni por lo que se liga en el Apalabrados.



Winnicott pensaba que el juego es en sí mismo una terapia, pero no nos dio permiso para hablar de «gamificación», no os confundáis.

Sherezade no podía dejar de contar cuentos porque sabía que si paraba, si dejaba de deslumbrar con su presencia, moriría y se pasó jugando a la ruleta rusa mil y una noches

El juego abre un espacio transicional que permite pasar del autoerotismo narcisista a tener una relación genuina con el otro. Podría parecer que para ello es imprescindible econtacto físico y en los estadios iniciales de desarrollo lo es. Sin embargo, cuando el aparato cerebral que rige nuestra conciencia ya está maduro, la realidad que percibimos y en la



Catálogo de la Exposición Playgrounds. Reinventar la plaza que pudo visitarse en el Museo Reina Sofía en 2014 [10]. En la portada aparece una fotografía de Erik Petersen en la que se ve un parque de infantil creado de la nada por unos activistas en un solar sin uso en Stengade 52, Copenhague, el 31 de marzo de 1968.)

[10] Borja-Villel M., Velázquez T., Díaz Bringas, T., Bang Larsen, L., Nochlin L, Allen of Hurtwood, L., Pérez de Arce, R., Colomina, B., van Eyck, A., Constant, Filliou, R., Aureli, P. V., Expósito, M., St. John, G., (2014). *Playgrounds. Reinventar la plaza*. Madrid, España: Siruela.

Me hago presente para ti si te tomo la mano, si dibujo un garabato en tu cuaderno, si te dejo esta frase sin terminar

No me des más tiempo de calidad, dame presencia de calidad.

La terapia no se produce sólo durante la sesión. En el camino a la sesión y en el regreso la terapia continúa. De hecho en las sesiones semanales, el camino de regreso dura siete días y en esos siete días ocurren muchas cosas ¿Qué cosas? te preguntarás, pues cosas terapéuticas, por supuesto.

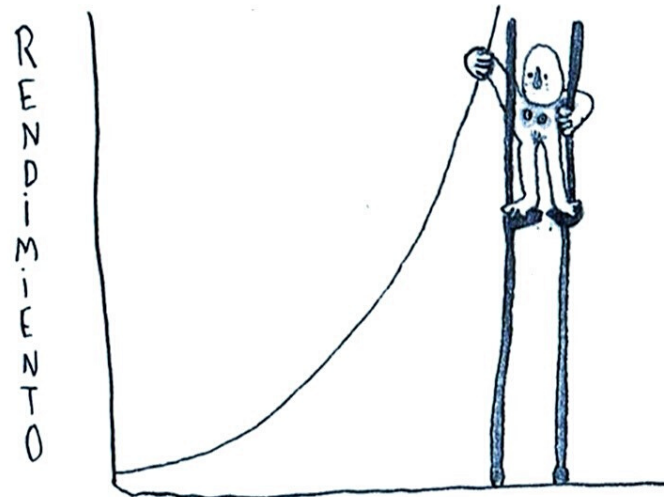
L	M	X	J	V	S	D
	TERAPIA	AAA	AAA	AAA	AAA	AAA
AAA	TERAPIA					

El sistema capitalista no solo te roba la plusvalía, te roba el tiempo. Te roba tu presencia en el ocio, en el sueño, en el espacio privado y en el público, en el juego. La terapia es el acto revolucionario de hacerte consciente de que tu propia presencia es valiosa y de que tú eres el responsable de ella y debes gestionarla.

Tomamos drogas para para rendir más. Si el estrés excesivo produce ansiedad y el rendimiento ya baja en la curva de Yerkes-Dodson, nos piden ansiolíticos y antidepresivos. A la consulta también llega gente diagnosticada de trastorno por déficit de atención demandando anfetaminas. El objetivo no es disfrutar más o estar más presente en su propia vida —las drogas que pueden en algún caso ayudar a conseguir eso son ilegales— el objetivo es rendir más según los cánones culturalmente aceptables.

Nacemos en estado de total indefensión y podemos seguir con vida gracias a la simbiosis con nuestra madre. Desde que nuestra madre se aleja, si es que ha sido una buena madre —sé que no escribo en la época de Winnicott y que no debería decir «madre» y debería decir: «la figura que ejerce la relación más estrecha con el bebé en las primeras fases de su desarrollo y lo que típicamente se denomina “función materna”»—, toda nuestra vida consiste en buscar un buen sucedáneo de su presencia. Estar presente en una relación satisfactoria o en un proyecto que sea medianamente ético y que no destruya el planeta puede servir como un buen objeto transicional. Creo que no hace falta que insista mucho, pero las pastillas, los descapotables y el Tinder no sirven. El juego nos lleva toda la vida. En este juego no se termina de ganar porque nadie nace solo y nadie muere solo como vino a decir Pichón-Rivière.

Dice Miguel Ángel Hernández [11] que va a costar «sentir el afecto sin sentir el cuerpo». Y es llamativo que diga esto un escritor, alguien que, en principio, cuenta con las palabras y con su propio cuerpo. Como los psicoterapeutas. ¡Horror! ¡Nos quedamos (solo) con las palabras! ¿Tan poca fe tenemos en el lenguaje? Me llegan al wasap mensajes hiperbreves que contienen toneladas de afecto. De gente que no necesita estar físicamente presente para hacerme saber



[11] Hernández, M. A. (10 de mayo de 2020). Diario de escritura (LIV). *Diario La Verdad*. Recuperado de : <https://www.laverdad.es/culturas/diario-escritura-20200510010723-ntvo.html?ref=https://www.google.com/>

que me quieren, o que están felices o angustiados. Hoy domingo, a las nueve de la mañana una paciente me ha escrito: «Es oficial, he terminado la carrera. No lo habría conseguido sin ti».

Durante la pandemia se ha adelantado el estreno del documental *The last dance* sobre el mejor jugador de baloncesto de la historia, Michael Jordan (los coautores al menos estamos de acuerdo en esto por videoconferencia). Han debido pensar que en ausencia de deportes televisados en directo en todo el planeta, queríamos ver diez capítulos de una hora que narran toda la vida deportiva de Jordan y de su equipo, los Chicago Bulls, y sobre todo la temporada en la que ganó su sexto título de la NBA. Pues sí, queríamos verlos. La ausencia de acontecimientos deportivos nos ha traído una verdad incómoda: podemos vivir sin ellos. Aparte de esto, me ha interesado mucho lo que cuentan de Jordan en el último capítulo: «Vivimos con miedo porque proyectamos el pasado en el futuro. Michael es un místico, él nunca estaba en otro lugar. (...) Su don era que estaba siempre presente y eso marcaba la diferencia».

Estos más de dos meses de cambio total de vida pueden modificar nuestra conciencia y nuestra forma de vivir y de estar presentes en nuestra vida como un Camino de Santiago o un año en la India, pero también puede que no cambie nada.

Al principio de la pandemia del Covid-19 hubo una avalancha de pacientes. Su presencia y su presión como de maremoto hizo que en todos los hospitales de España, salas que normalmente se dedicaban a diversas especialidades se consagrasen de forma monográfica a tratarlos. Se pronosticó que los profesionales que trabajasen ahí, viendo sufrir y morir a tanta gente tendrían secuelas psicológicas. Los equipos multidisciplinares que atendieron estas salas (profesionales de otras áreas, servicios, lugares, incluso algunos sin completar su formación reglada) se han visto obligados a unirse como quien está en una guardia o en una trinchera. Probablemente, ese apego grupal, como de tribu, es el que ha hecho que no enfermen y sobrevivan al caos de las primeras semanas. Cuando el grupo se hace presente los pronósticos individuales fallan.

Dice Freud [12] que el presente tiene que devenir pasado antes de que nuestros juicios sobre lo que ocurre puedan ayudarnos a pensar en el futuro. ¿No podría ser, digamos, más rápido?, ¿inmediato quizá? No, no puede ser. El presente tiene que devenir pasado. ¿Entonces tiene que pasar tiempo? ¿Y tengo que acordarme, no? ¿Y elaborar lo sucedido y ponerlo en relación con otras cosas? Me parece muy poco cómodo, como proceso, con todo tan acelerado, con tantos cambios, con tantas cosas a las que atender en cada momento. No sé yo.

FÉLIX CRESPO RAMOS
JOSÉ ANTONIO PÉREZ ROJO



[12] Freud, S. (2006). *El porvenir de una ilusión* en *Obras completas*. Volumen XXI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.